

NATURALEZA ANIMAL Y NATURALEZA HUMANA *

Víctor Gómez Pin**



Entre las cuestiones filosófico-científicas que a nuestra época le ha tocado elucidar se encuentra la siguiente: ¿hay o no algún rasgo que diferencie a los humanos con tal grado de singularidad que cree entre ellos y los demás seres –minerales o plantas, pero también pájaros o bonobos– una frontera que, por el momento, puede considerarse infranqueable?

Ciertamente, la convicción de la diferenciación vertical de nuestra especie está muy arraigada, como lo indica la aceptación acrítica de la expresión *homo sapiens* para referirse a ella. En un plano conceptual, la caracterización de los seres humanos por su capacidad cognitiva o incluso por una suerte de inclinación al conocimiento se ha hecho desde muy diferentes perspectivas: trascendental o apriorística (Descartes, Kant); como resultado de una convicción religiosa (Tomás de Aquino) o mediante generalización de lo que se observa en un subconjunto de los humanos (quizás el propio Aristóteles). Misión de nuestra época sería asentar tal convicción en una base rigurosa, no limitada quizás a la investigación biológica pero desde luego profundamente

* Este texto constituye un extracto, revisado por el autor, de la introducción de su libro *El hombre, un animal singular*, Madrid, La Esfera de los libros, 2005.

** Catedrático de Filosofía de la Universitat Autònoma de Barcelona.

anclada en ella. La tarea se ha revelado difícil. Es cuando mínimo problemático que la capacidad de saber encuentre una legitimación biológica a la vez suficientemente inclusiva (todos los humanos) y forjadora de nítida frontera (nada más que los humanos).

El problema que tratamos adquiere hoy particular acuidad sobre todo en razón del debate sobre si la relación que mantenemos con el resto de la naturaleza está legitimada para ser esencialmente de subordinación y dominio. Es evidente que en una perspectiva como la de Tomás de Aquino tal posición no planteaba problema alguno. Dios había realizado al hombre a imagen y semejanza suya, y el carácter racional muestra de ese singular destino, constituía a la vez el reflejo en el que la naturaleza entera debería contemplarse y el instrumento al que debía someterse.

La posición kantiana, aunque no sustentada en argumentos explícitamente teológicos, no difiere en gran manera de la anterior y lo mismo cabe decir de la cartesiana, la hegeliana y hasta la heideggeriana. Ante tales posiciones está la de todos aquellos que insisten en la continuidad entre nosotros y el orden natural, continuidad no sólo en el sentido de que procedemos de la naturaleza.

Se ha repetido hasta la saciedad que con Galileo y Darwin el hombre dejó de aparecerse a sí mismo como el centro del universo. Pero no deja de ser indiscutible que el hombre parece ser el único en preocuparse realmente por la cuestión de si hay o no un centro del universo. En tal sentido, sea o no *sapiens* una determinación exclusivamente humana (hay, desde luego, serias razones para dar crédito a la hipótesis contraria), es cuando menos seguro que alcanza en nosotros un alto grado de acuidad. Somos, cuando menos, un animal extraordinariamente marcado por la curiosidad. Si tal rasgo es un mero resultado de la evolución (¿y qué otra cosa podemos racionalmente sostener?), se

entrebrea la puerta para decir que la dura economía marcada por la adaptación al medio ha sido sometida a una suerte de negatividad dialéctica. Pues ¿quién podría afirmar sin más que la *curiosidad* por la ley del entorno y aun por nuestra interior vivencia se sitúa en el mismo registro que la habilidad manual, la experiencia y la capacidad defensiva u ofensiva?



Fig. n.º 18.- *Dibujo de Julià Riu-Serra.*

Como objeto natural, ciertamente química y biológicamente muy complejo, provisto de singularísimas propiedades –que, por cierto, no ha escogido ni programado en absoluto– y muy especialmente provisto de pensamiento, el hombre parece anclarse a la tesis de que se halla marcado por un rasgo que le confiere una muy singular naturaleza.

Cuando alguien le muestra que ciertos animales parecen hallarse asimismo dotados de pensamiento y, en consecuencia, que no es muy conveniente poner el énfasis en *sapiens*, si se

aspira a jerárquica singularidad, el hombre tiene entonces una segunda tentación.

En efecto, constatando que no hay manera de evitar que nuestra mente esté repleta de vocablos, el humano tiende a reivindicar la palabra como el elemento determinante que le singularizaría. Sabido es que este asunto no deja asimismo de plantear problemas. Concretamente: no hay seguridad absoluta de que otros animales no tengan capacidad lingüística, aunque sí tengamos muchas razones para estimar que lo más probable es que sea así.

¿*Sapiens*, pues, o *loquens*? Quizá un tiempo *sapiens*, un tiempo *loquens*, y eventualmente en un futuro ni *sapiens* ni *loquens*. La naturaleza humana es más bien un objeto de investigación, lo cual no significa en absoluto que la cuestión –por muchos vinculada a la anterior– del comportamiento del hombre frente a su entorno, a los demás y a sí mismo carezca de sentido.

Ciertamente para muchos no bastaría con rechazar las cosmovisiones que situaban al hombre como reflejo de un espíritu trascendente a la naturaleza o creador de la misma; no bastaría con superar la imagen del verbo hecho carne. Habría que dar el paso decisivo de asumir que el hombre carece de toda centralidad en el orden natural. Los rasgos a los que atribuimos su preeminencia en el seno de la animalidad, o bien no tendrían mayor significación que los que especifican por diferenciación en otros animales (el orangután del gorila, por ejemplo), o bien serían tan sólo una más sofisticada expresión de algo que se da también en otros animales y que éstos podrían llegar a desarrollar. Y, como decíamos, de todo ello daría testimonio la ciencia de nuestra época.

La literatura respecto al problema es tan abundante que abarca discusiones relativas a genética, lingüística, antropología, psicología, ciencias de la computación, ciencias de la mente y un largo etcétera.

Hay múltiples síntomas de que la ideología ambiente conduce a los ciudadanos a aceptar –de forma generalmente acrítica– que nuestra condición se diluye en el seno de la condición natural propia a los animales. Esta convicción está empezando a tener traducciones jurídicas, aunque no sean tan extremadas como las de ese juez que, en Nueva Zelanda, hace ya años, erigió a ciertos primates en sujetos de derecho.

Para dar un ejemplo de nuestro país, citaremos el siguiente párrafo de un intelectual –al que, por otra parte, tenemos enorme consideración– referente a la erección de los perros en sujetos de ese respeto que Kant reivindicaba exclusivamente para todos y cada uno de los humanos: «Deberíamos ser más responsables y pensárnoslo mucho antes de comprar o adoptar un perro. Es un acto de gran calado moral. Comprar o adoptar un perro es como adoptar un hijo, requiere mucho compromiso personal, afectivo o incluso económico por parte de quien lo realiza. No es como comprar un libro o una flor. El perro es un lobo hecho para andar y sufre con el confinamiento. Nunca hay que atarlo. Los perros también tienen su personalidad (*sic*) (...) con el perro hay que hablar y comunicarse. Nosotros hablamos con él por la boca y él nos contesta moviendo el rabo, y ambos nos entendemos perfectamente»¹

Esta consideración del rabo del perro como instrumento análogo a la lengua humana, explica la radical denuncia por parte del autor de las prácticas que conducen a que perros como los bóxer aparezcan sin rabo, pues «cortarles el rabo es como si a nosotros nos cortasen la lengua» (*sic*).

El caso es que, tratándose de los humanos, una manera de autocortarse la lengua sería intentar no dar respuesta a frases tan voluntariamente provocativas. Respuesta en un terreno que ha

¹ Mosterín, Jesús (1998): *¡Vivan los animales!*, Madrid, Debate, pág. 191.

de ir más allá de lo anecdótico y que no es sino el terreno conceptual, el terreno filosófico.

Felizmente, para dar tal respuesta algunos de los partidarios de las tesis radicalmente animalistas nos brindan ayuda doble. Hacer abstracción de este trabajo, tan honrado como metódico, sería pura y simplemente indigno de la filosofía, la cual, lejos de complacerse en abstracciones, se caracteriza precisamente por el gusto por lo concreto. Tal gusto exige interpretar tan sólo aquellos fenómenos que previamente han sido, no ya descritos, sino expuestos en relación a sus condiciones eficientes y eventualmente finales de posibilidad.

Pero, sobre todo, estos estudiosos del comportamiento animal son un magnífico ejemplo de que se da en el ser humano al menos un rasgo singularísimo. A saber: la tendencia a preocuparse no sólo por su estatuto, su función y su destino en el marco de la naturaleza, sino por el estatuto, la función y el destino de las demás especies animales. ¿Es tal rasgo compartido por alguna otra especie? No hay, desde luego, constancia. Como mucho podríamos conjeturar que en otros animales se da tal cosa, aunque no podamos percibirla por carecer de instrumentos aptos para captar los mecanismos de lo que sería la reflexión de esos animales. Pero sólo se trataría de una conjetura. Es decir: de una de esas proyecciones antropocéntricas de las que los animalistas, para ser consecuentes, deberían huir.

Por lo que se refiere a la preocupación por la naturaleza (incluidos los animales), nadie tiene el monopolio de los buenos sentimientos. Todo aquel que no considere que nuestra condición es angélica está obligado a ser ecologista. Pero no es lo mismo amar la naturaleza como corolario de amar al ser humano que sustituir la causa del hombre por la causa de la naturaleza.